

Me llamaba la mar
en los finales días
de este verano ardiente
de inmortal presencia.

Me llamaba la mar
con las sinuosidades
de enervantes olas,
expectante deleite.

Me llamaba la mar
con una voz poderosa
de mundos sumergidos,
apetencias irresistibles.

Me llamaba la mar
con las silenciosas voces
de los infinitos seres
sustentados en su mundo.

Madre llamamos a la tierra,
mas la mar, ¡oh, la mar!
sólo ella, habitable la hace,
sus aguas le dan vida.

En su seno, sólo existen
seres vivos sin distinción
de géneros ni arbitrarias
divisiones utilitarias.

El mar lo creó el hombre,
atraído por el poder,
relegó a la vida, y a la mar
cambió de género.

¡Oh, mi mar! Disculpa
la crasa ignorancia,
aprendemos de la vida
viviendo nuestra unidad.

Confuso, sin habla,
contemplaba tu azul marino
reflejo fiel del celeste azul
de donde vienen tus aguas.

De la esencia de las rocas
forjadoras de mi tierra
surgieron todas tus aguas,
unidad inigualable.

Me llamaba **mi** mar,
admirando las estrellas,
yo era la humanidad,
unión del cielo y la tierra.

Santiago Rupérez.
Taipéi, 7-9-2020